

la vez que maternal, en busca de su bastardo —el hielo—, acechante en cada revuelta del camino para castigar el abandono del hogar. Víctor, sin embargo, supo resistir todas las invitaciones, enfebrecido por el firme propósito de no abandonar el invierno entre tangos y espera.

Nunca supimos cuándo conoció a Isabel. Al arrodillarse el monaguillo —y originar las genuflexiones desacompañadas de quienes deben extraer de su memoria las pautas de un rito ya olvidado—, creí recordar a un Víctor impecable llevando a Isabel hacia la sala de profesores a mitad de clase. Ocurrió días después, pocos días después, de que yo hubiese escuchado aquellos tangos. Ella venía en falsa escuadra, como decía la letra de *Fangal*, y Víctor la tomaba por el codo encaminándola a la sala más luminosa del Instituto. No me extrañó que acompañase a una alumna con tanta delicadeza: sí el contraste entre su traje —no olvido aquella corbata burdeos de seda— y la cazadora y los vaqueros de Isabel. El caballero que, al final de la batalla, conduce a los civiles a un lugar resguardado, pensé. No sabría decir si fue aquél el día en que cruzaron sus primeras palabras a solas. Pero, a partir de entonces, Víctor dejó de acudir a las esporádicas citas vespertinas conmigo y su tiempo de invierno fue el tiempo de Isabel.

Antes de Navidad, la dirección del Instituto convocó un claustro para examinar los resultados del primer trimestre y aconsejar a los nuevos, pues todos los miembros del equipo directivo eran del pueblo, las pocas formas de salir de allí sin excesivos riesgos. Víctor se sentó junto a mí y, mientras el secretario leía el acta anterior, me susurró:

—Me despido ahora. No pienso moverme de aquí en todas las vacaciones. Sólo es por una cosa: Isabel quiere aprender tangos.

Isabel lo esperaba a la salida, extraordinariamente pálida, embutida en la misma cazadora, con los vaqueros dentro de las botas altas. Se alejaron paseando, los dos con la cabeza baja, hacia el pueblo. A la vuelta de las vacaciones, Isabel se había instalado en el Ultramar con Víctor, dejando las puertas abiertas a los comentarios reprobatorios que, más que una característica, constituyen la razón de ser de los pueblos perdidos. El resto de los profesores comenzó a tratar a Isabel con deferencia o, más bien, a prestarle atención, pues, hasta entonces, había pasado desapercibida entre los alumnos del último curso. Todos nos enteramos de que contaba dieciocho años —fue la primera noticia que dio Carlos—, de que su padre había emigrado a Barcelona para trabajar en la construcción, tras una frustada experiencia como picador en dos o tres pozos de la comarca, sin que hubiese vuelto a poner los pies en el pueblo, circunstancia que en nada había afectado a una esposa conforme con recibir un dinero regular por transferencia que —y más ahora, con la marcha de Isabel— le permitiría repintar la casa y comprar otro televisor. Víctor e Isabel llegaban a las nueve al Instituto, se esperaban a la salida y repetían a la tarde la misma operación.

—Llegan el príncipe y la corista —bromeaba Carlos al limpiar el vaho de los cristales para ver mejor las dos figuras que se abrían paso entre la nieve—. Más que una historia de entropiernas parece una historia de amor. Anteayer estaban en el Casino, y Víctor le alisaba el pelo así, como si fuese de seda. Pero ella, nada. Miraba embobada hacia otro lado. Creo que nunca, ni en clase, la he oído hablar.

Yo la oí hablar por primera vez en el restaurante de la estación. Fue un sábado de

febrero en que no recuerdo quién me comentó que servían corzo para comer. Ella tomaba café con Víctor en la mesa del fondo, escuchándole en silencio.

—Siéntate con nosotros —me pidió Víctor—. Quiero que conozcas a Isabel.

Su palidez no era esporádica: era una muchacha pálida para siempre. No usaba agua de colonia alguna ni pintura en la cara. No sé si era hermosa, si se había planteado jamás cuidar un cuerpo fríamente delgado o unas manos con las palmas agrietadas y, a juzgar por las frecuentes contracciones que en vano trataba de ocultar bajo las faldas del mantel, aquejadas de algún mal que sólo más tarde alcancé a conocer.

—Isabel y yo nos vamos en cuanto baje la nieve. Isabel necesita dejar este lugar. Lo hemos decidido así y me alegro de que seas el primero en saberlo. Salimos hacia el sur, a Andalucía, como todos.

Pero Víctor ya no remataba con su sonrisa de siempre —esa mezcla de placidez mortal con un punto de piedad o lejanía— sus palabras. Estaba tocado por la inquietud o la ansiedad, como quien de pronto recuerda que está faltando a una cita que le importaba en extremo y, sin embargo, no puede abandonar el lugar en que se encuentra ni siquiera por un instante. Cargado de tensión o desgana, añadió:

—Me voy con el invierno, pero me voy sin la decepción. O acaso la decepción no se aprenda a estas alturas de la edad.

Fue en ese momento cuando Isabel habló por primera vez. Tenía una voz ronca, no de hombre ni de fumador. Ronca, como ocurría con la palidez, para siempre y acaso desde siempre.

—Tenemos que marcharnos, Víctor. Ahora mismo.

—¿Necesitas hacerlo ahora mismo? —preguntó Víctor.

—Ahora mismo.

Cuando la Guardia Civil acudió al Instituto para detenerlos, ya Carlos sabía lo que estaba ocurriendo. Isabel se pinchaba heroína, Víctor lo supo desde el principio y quizás hasta él mismo lo estaba empezando a hacer. Los llevaron al cuartelillo, y, diez días más tarde, cuando lo permitió la nevada con que se despedía marzo, los bajaron a la capital.

A partir de ahí, y si exceptúo el telegrama de Carlos —«Muerto Víctor entierro día quince en el pueblo»— sólo tuve dos noticias suyas: una carta desde el sur y un encuentro en Madrid. La carta, además de algunas cuestiones prácticas que me pedía resolver en su nombre, estaba teñida por la desazón y el desconcierto. Se había propuesto encontrar una decepción que le permitiese vivir sin esperanza alguna, convencido de lo inevitable del desastre y tranquilo al fin, pero estaba viviendo la experiencia de Isabel, el nombre que una y otra vez repetía en las cuartillas. «Parece que Isabel puede desengancharse», «Isabel teme ahora por mí», «Ya Isabel sabe más tangos que yo». No venía con dirección alguna, sólo un matasellos de Sevilla, y no pude contestarle.

Lo ví en Madrid dos años después. Yo dejaba un hotel en la plaza de Santa Bárbara, tras haber formado un tribunal de oposiciones que me habían retenido un mes de julio en el calor y el aburrimiento. Víctor salía de una cervecería y apenas pude reconocerlo. Hizo visera con la mano para protegerse de un sol que le daba de frente, y sólo

acerté a pensar que estaba muy sucio. No eran sólo los vaqueros desteñidos ni la camiseta sucia. Era una suciedad de todo el cuerpo, no un desaliño, algo impensable para quien proyectaba aguardar el fin adecuadamente vestido. Se detuvo en la puerta y apareció al momento Isabel. Vestía de azules con una elegancia que ni Carlos podría creer. Una blusa estampada de seda, suelto el pelo sobre un foulard Gucci, una falda blanca. Víctor quiso tomarla por el brazo, pero no con la delicadeza de aquella lejana vez en el Instituto: parecía querer retenerla en contra de su voluntad. Sólo hablaron unos instantes. Aunque Isabel estaba de espaldas, pude adivinar todos sus gestos, los gestos de quien, salvada ya de cualquier desastre, sólo aguarda poder deshacerse pronto del pasado. No fui hacia ellos. Sentí una mezcla de desolación y cobardía que me paralizó. No volví a verlos.

Camino del cementerio, Carlos contó todos los detalles. A Víctor lo encontraron muerto cerca de Ayamonte. Había conservado la del Instituto como su última dirección, y a ella se dirigió la policía como si adivinase que Carlos se encargaría de todo con mucho gusto. Fue preciso localizar a un padre que cumplió el trámite enviando dinero para los gastos pero negándose por completo a tener algo más que ver con un hijo al que nada le había unido nunca.

—Le daba igual dónde lo enterrásemos. Si yo lo había conocido aquí, ¿por qué no enterrarlo aquí?

Había muerto a causa de una dosis adulterada. El tópico, pensé.

—Uno de estos —señalaba al grupo que, ahora más unido, seguía al féretro— me contó que Isabel ya lo había abandonado. Creo que Víctor andaba de acá para allá, decepcionado seguramente.

—No, decepcionado no. Buscaba la decepción, pero se encontró a Isabel.

—¿Qué quieres decir?

—Nada importante. Él mismo hablaba de lo difícil que resulta aprender cosas a ciertas alturas de la edad.

Cuando bajaron a Víctor a la fosa, la docena mal contada de acompañantes —que habían acudido hasta allí convocados nadie sabe cómo, igual que esos contumaces asistentes a todo tipo de conferencias— se marchó, dejándonos solos a Carlos y a mí con el enterrador. Sobre la caja, antes de la primera tierra, puse un ramo de flores.

—A Víctor —me sentí en la obligación de explicar a Carlos el gesto—, le hubiese gustado que no le faltasen flores cuando estuviese dentro del cajón.

—¿Tú crees?

—Sí, porque lo dice un tango. La escuela del desastre, decía.

—A lo mejor, fue todo por eso —sonrió Carlos—. No se puede abusar de las cosas, y Víctor siempre tuvo en la cabeza demasiados tangos.

Francisco García Pérez